

Es evidente que estamos viviendo la transición hacia un nuevo paradigma para la Ciencia, que lleva aparejada una nueva perspectiva sobre el ser humano y su papel en el gran drama de la naturaleza. No cabe duda que los nuevos tiempos nos presentan una problemática de dimensiones y alcances hasta ahora desconocidos y que es necesario encontrar un punto de encuentro, donde personas con diferentes puntos de vista religiosos, filosóficos, o de otro tipo, dialoguen y colaboren en una problemática común, que tiene como fundamento último a la Ciencia y el buen o mal uso de ésta.

En su origen, la Bioética estuvo muy influida por el hecho de que sus protagonistas más importantes procedían del campo de la Teología Moral y de la Filosofía, perteneciendo a distintos credos religiosos. Su desarrollo posterior la ha llevado a una fuerte secularización, con una tendencia creciente a identificar las decisiones jurídicas con la moralidad. Además, criterios utilitaristas han marcado fuertemente la relación inversa entre ésta y el sufrimiento, que es considerado absurdo e inhumano y que, por tanto, debe ser combatido por todos los medios, incluido el de poner fin a la vida de la persona que sufre. En este contexto, son cada vez más las voces que proclaman la legalización de la eutanasia, esgrimiendo el argumento del derecho a solicitar la muerte, como medio de evitar los sufrimientos. En los últimos tiempos, esas voces claman también —no por primera vez en la historia de la humanidad— porque se legalice la eliminación de las vidas consideradas inútiles y por lo mismo gravosas para la familia y la sociedad: los retardados mentales profundos, los enfermos mentales, los portadores de enfermedad de Alzheimer, etc. Parece que actualmente asistimos a la contraposición de dos criterios absolutos: la sacralidad de la vida y la calidad de la vida; se corre el riesgo de que el primero deje de ser el fundamento de toda norma ética en beneficio del segundo, lo cual podría conducir a consecuencias que ya en la actualidad comienzan a perfilarse.

Para salir al paso de esas teorías, hace ya más de un cuarto de siglo, la Congregación para la Doctrina de la Fe emitió la Declaración “*Iura et Bona*” sobre la eutanasia, con el objeto de orientar a las conciencias en la respuesta a este gravísimo problema. A más de veinticinco años de promulgada, este documento conserva toda su actualidad y ese es el motivo de que, en este número de “*Bioética*”, se presente a la consideración de los lectores una profunda reflexión sobre el tema. También se ocupa de los dilemas que se plantean en la fase final de una enfermedad progresiva e incurable, el artículo titulado “*Aspectos Éticos y Espirituales del Paciente Terminal*”, que los considera dentro del complejo tema de la relación entre ciencia y espiritualidad humana y su impacto en la salud. Se incluye, además, el resultado de una encuesta



que recoge criterios de distintos médicos con respecto al proceder clínico y terapéutico dirigido a pacientes con Enfermedad Neoplásica Terminal o con Insuficiencia Renal Crónica Terminal. De nuevo aparece el tema del Medio Ambiente, con un artículo enviado por tres investigadores del Instituto de Salud de los Trabajadores (INSAT), que alerta sobre el deterioro ambiental causado por la acción del hombre a escala mundial y particularmente acerca del daño ocasionado a la capa de ozono.

Por último, con este número reaparece, en un nuevo formato, la publicación “*Reflexiones*”, ahora como un Suplemento especial, que a partir de ahora saldrá incluido en el primer número de cada año de esta revista, con una extensión dos veces mayor que el Suplemento habitual (que continuará apareciendo en las otras dos entregas anuales) y siempre como fruto del trabajo del Grupo de Reflexión Bioética del Centro. En esta ocasión, se aborda el siempre inquietante y polémico tema del aborto.

Próximos ya al décimo aniversario de la fundación del Centro de Bioética Juan Pablo II, esta publicación desea hacer llegar a sus lectores los más fervientes votos porque sea cada vez mayor el número de aquellos que, en nuestro medio, se unen al sueño potteriano de trazar un puente hacia el futuro y trabajan por lograrlo, haciendo suyas las palabras que anunciaron el nacimiento del Iluminado de Galilea: ¡Paz a los hombres de Buena Voluntad!